

SERMON II

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el negocio de la salud eterna.

Rogamus autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis. I. Thesal. 4.

Yo os ruego, hermanos mios, que hagais vuestro negocio.

SEÑORES:

Asi habla S. Pablo á los tesalonicenses, queriéndoles inspirar la suma importancia del negocio de su salvacion, objeto principal de la so-

licitud y desvelo de todo fiel cristiano, aunque el mas olvidado en nuestros dias. Este Apóstol de las gentes, arrebatado al tercer cielo, donde oyó arcanos inexplicables, conoció muy bien el gran secreto de nuestra eterna salud. Dios nos eligió, dice á los fieles de Efeso, Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

No es pues nuestro destino obra del acaso ó del capricho, como lo son de ordinario los negocios de los hombres. Es obra meditada y conducida conforme al plan de la sabiduria eterna. Sellados con el carácter de hijos adoptivos, revestidos con las libreas de Jesucristo, y teñidos en su sangre, somos por eleccion de Dios los ciudadanos del cielo, los herederos de las promesas eternas, y los hijos del reino, si cumplimos con los deberes que

á este fin nos impone la religion; es decir, si trabajamos por ser santos é inmaculados en su presencia: *elegit nos in Christo ante mundi constitutionem, ut essemus sancti, et immaculati in conspectu ejus.*

Hé aqui, señores, el grande, el importante, el único negocio de todo fiel cristiano, que S. Pablo encarga á los tesalonicenses, y en ellos á todos nosotros, que nos debemos considerar como otros tantos negociantes sobre la tierra; negociantes digo, no de tesoros frágiles y perecederos, sino de riquezas incorruptibles, atesoradas en el cielo, donde esten á cubierto de ladrones y libres de polilla. Este mundo en efecto es un gran mercado, al cual Dios nos envia á negociar nuestra salud eterna. Esto quiso darnos á entender Jesucristo con la parábola de los talentos, cuando nos dice, que el padre de familias premió con mano liberal á

los que los habian duplicado en el comercio, quitando el que habia dado al siervo perezoso, y arrojándole á las tinieblas exteriores; es decir, al infierno, por haber tenido ocioso su talento. Lo mismo nos intima en su evangelio, cuando dice en parábola: *semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca piedras preciosas, y luego que encuentra una de sumo valor y precio, vende todo lo que tiene, y la compra.* Esta inestimable margarita es el gran negocio de la salud eterna, á cuyo comercio y lucro somos destinados por Dios desde la eternidad: negocio únicamente importante, y que solo puede hacernos felices.

Con arreglo pues á estos principios, os haré ver en primer lugar la prudencia con que debeis manejar el negocio de vuestra salud; y en segundo, el abandono con que lo mirais de ordinario: dos reflexio-

nes que dividen justamente la materia, y que son muy á propósito para vuestra instruccion y correccion. Pidamos las luces del Espiritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Rogamus autem &c.

Cuando alguno emprende un asunto árduo y de gravedad, dicra la prudencia que lo medite bien, que elija los medios mas á propósito para su consecucion, y que trabaje con solitud por el feliz éxito de su empresa. Asi lo practican de ordinario los hijos del siglo, mas prudentes á veces que los de la luz, en el manejo de sus negocios: y lo que es mas, asi lo practicó Jesucristo en orden á nuestra salud; pero de un modo mas perfecto y

eminente. Desde la eternidad la concibió en su mente. Desde la encarnacion la deseó y adoptó en los medios; y trabajó por ella durante su vida, enseñándonos la senda de la bienaventuranza, que es el fin para que nos crió. Si queremos pues ser eternamente felices, es necesario avanzar este gran negocio con la mente, con el corazon y con las obras. Estas son las reglas que exige la prudencia cristiana. Reflexemos.

I. Como el Señor nos crió para que le sirvieramos en esta vida, y le gozásemos en la otra eternamente, nada pide tanta meditacion en el mundo, nada es tan necesario, dice S. Ambrosio, como el estudio de la salud del alma; porque si ella padece detrimento, ¿de qué utilidad podrá servir al hombre la consecucion del mundo entero, segun la expresion de Jesucristo? El mismo Salvador cuando vió á

Marta solícita y turbada por cosas temporales, la enseña que solo hay una cosa esencialmente necesaria, cual es la adoracion de Dios en espíritu y verdad, meditando su misericordia y su bondad, y observando su ley santa.

Por falta de esta meditacion, dice un padre de la Iglesia, perece una gran parte de los mortales: y el santo profeta Jeremias, queriendo denotar la causa de la desolacion del universo, sumergido en las mas atroces iniquidades, y anegado en un diluvio de males, la atribuye á falta de meditacion sobre el gran negocio de la salud eterna: *desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.*

Notad ahora la gran diferencia con que los sabios y los ignorantes avanzan el negocio de su salud eterna. Aquellos contemplan las cosas espirituales, y estos las terrenas. Aquellos se ocupan con frecuencia

en meditar la bondad, la grandeza de Dios, la gloria de los santos, el esplendor de las virtudes, la senda de la bienaventuranza; y estos en avanzar sus intereses, en adelantar su fortuna, y en satisfacer sus pasiones. Aquellos en contemplar las cosas invisibles, como dice S. Pablo; y estos en fijar sus ojos sobre la tierra, conforme á la expresion de los Proverbios, sin ver mas que el resplandor de las riquezas y de las dignidades, los atractivos del placer, y la brillantez del siglo. ¿Cuál será, os ruego, el fin de estos insensatos, que solo meditan las cosas terrenas?

¡Ah! yo, señores, me estremezco al verlo delineado en S. Lucas. “El campo de un poderoso, dixo en parábola el Salvador á sus discípulos, el campo de un poderoso produjo abundantes frutos. Á vista de ellos, pensaba en sí mismo, y decia: ¿qué haré sin tener donde

recoger mis frutos? Haré esto: destruiré mis graneros, los haré mayores, y recogeré allí todos mis bienes. Hecho esto, diré á mi alma: descansa, come, bebe, regálate, que ya tienes frutos para muchos años. Mas en aquel momento le dice Dios: necio, en esta noche morirás: ¿para quién pues será todo lo que has preparado? Este es el fin, concluye Jesucristo, de los que atesoran, sin ser ricos para Dios:” y esta será la infeliz suerte de todos los que no meditan bien el importante negocio de su eterna salud, como se explica un padre de la Iglesia: *quia nullus intelligit, in aeternum peribunt*. A esto mismo alude el santo Job cuando dice: *pasan su vida en placeres, y descienden en un momento al infierno.*

II. Ni basta meditar bien tan grande asunto. Es necesario que el corazón tenga en él parte; es de-

cir, que sinceramente lo desee, para aprovechar los medios que la religion nos prescribe para conseguirlo. Pues si estos se abandonan, si se miran con negligencia; jamas obtendremos el fin para que Dios nos crió. ¿Sabeis porqué, señores? porque *no recibirá el galardón el siervo perezoso, ni será coronado sino el que legítimamente peleare perseverando hasta el fin. El negligente, el desidioso quiere, y no quiere,* dice el Espíritu Santo: *vult, et non vult piger.* Quiere la bienaventuranza; mas no quiere seguir las sendas que conducen á ella: quiere entrar en la gloria para reynar con Cristo; mas no por la puerta estrecha que nos enseña su moral: quiere regocijarse con su divino Salvador; pero sin seguirle con la cruz: quiere..... digámoslo de una vez: quiere salvarse sin observar la ley. En efecto, cuando el ministro de la palabra

describe los caracteres de la felicidad eterna, no hay persona que no apetezca ser participante de ella. Mas cuando intima las estrechas obligaciones de la religion, y las disposiciones que deben preceder á la consecucion de tanto bien, ya desapareció el deseo: *vult, et non vult piger.*

¿Y qué se sigue de esta negligencia criminal? Oid lo que dixo el Señor por S. Juan al obispo de Laodicea: *conozco tus obras, que ni eres frio ni cálido..... mas por quanto eres tibio.... empezaré á arrojarte de mi boca.* ¡Estado infeliz! que compara un venerable á aquella casa, que, segun S. Mateo, hallaron los demonios vacía y limpia; es decir, dispuesta y preparada para invadirla y ocuparla. Pues aunque los tibios carezcan de grandes pecados, su negligencia misma provoca al Señor á escasearles sus gracias, sin las cuales nada pue-

den obrar en orden á su salud eterna.

Para preservarnos de este escollo nos anuncia el Espíritu Santo en los Proverbios la gran diferencia que hay entre la senda de los justos y la de los negligentes. El camino de los perezosos, dice, es como un vallado de espinas, y la senda de los justos no tiene tropiezo alguno. Ellos en efecto vencen todos los obstáculos por medio del fervor que los anima, al paso que los tibios, que carecen del vehemente deseo de Dios, en todo hallan espinas, y llenos de ansiedad, miran las obras de piedad y de penitencia como duras, amargas y molestas. Estos conatos débiles, estas voluntades lánguidas, estos deseos remisos de avanzar la felicidad eterna, son pues indignos de un cristiano, y solo á propósito para provocar la ira de Dios: *sed quia tepidus es, et nec*

frigidus, nec calidus, incipiam evomere te ex ore meo.

¡Ah! cuándo volveréis vosotros, siglos religiosos, en que oigamos de nuevo á los fieles clamar con el Real Profeta : ¡cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! mi alma codicia y desfallece por tus átrios: mi corazón y mi carne se regocijaron en Dios vivo..... bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán..... Dios, protector nuestro, míranos, y vuelve á mirar el rostro de tu Cristo, porque es mejor un día en tus átrios, que millares fuera de tu casa.” ¿Cuándo volveréis, tiempos felices de la Iglesia primitiva, en que dotados los fieles de un mismo corazón y un alma, manifestaban su ardiente deseo de la salud eterna? ya clamaban con David: *seremos, Señor, saciados cuando apareciere tu gloria*; ya con los

judíos cautivos: *sobre los rios de Babilonia nos sentamos, y lloramos al acordarnos de ti; ¡ó Sion! ¿Cuándo se renovará en todo el pueblo cristiano aquel grito del Apóstol: Deseo morir, y estar con Cristo. Cristo es mi vida, y morir mi galardón.* Tal es, Señor, el idioma del corazón que os ama y desea su eterna felicidad.

¿Pero qué mucho? ¿no lo exige así nuestra gratitud? ¿Ignorais por ventura el ardiente deseo de la salud del hombre, que manifestó nuestro amabilísimo Redentor? ¿No corrió sediento de ella, como David se explica, todo el espacio de su vida? El Egipto, la Judea, la Palestina, la Galilea, la Samaria, cuyas provincias consagró con sus plantas, ¿no nos presentan un testimonio irrefragable de esta verdad? ¿No predicó por todas partes su ley santa? ¿No curó los enfermos, lanzó los demonios, re

sucitó los muertos , convirtió los mas grandes pecadores , y anunció el reyno de Dios ? ¿ No le vimos sediento y fatigado sobre el pozo de Sichar , para convertir á la Samaritana ?

Todo esto ¿ qué otra cosa indica , que su ardiente deseo de nuestra salud ? deseo caritativo , que le hizo descender del cielo , como el símbolo de nuestra fe nos enseña : deseo constante , que manifestó hasta en el árbol sacrosanto de la cruz : cuya consideracion hizo exclamar á S. Bernardo : Señor , mas te atormenta la sed de nuestra salud eterna , que vuestra propia cruz : *Domine , plus te cruciat sitis nostræ salutis , quam crux tua.*

Si tal fué pues el deseo de nuestro Salvador , ¿ cuál deberá ser nuestro conato en órden á un negocio en que consiste nuestra felicidad permanente ? Si necesario fuese,

dice S. Agustin , sufrir diariamente todo género de tormentos , y aun tolerar los del infierno por mucho tiempo , para ver á Jesucristo en su gloria , y gozar de la compañía de sus santos ; todo deberíamos padecerlo por obtener para siempre tanto bien. Exíge pues no solo nuestras continuas meditaciones y deseos , sino principalmente una suma vigilancia en adoptar los medios propios para su consecucion , trabajando incesantemente por su feliz éxito.

III. Este es , señores , el negocio propiamente nuestro , y que nos recomienda S. Pablo en su carta á los tesalonicenses. Los asuntos que no pertenecen á nuestra salvacion no son nuestros exclusivamente. Si trabajas por ser sabio en la medicina , dice un antiguo orador , no tanto es negocio tuyo , quanto de los enfermos que curas. Si velas noche y dia por sobresalir en los

derechos, no tanto es negocio tuyo, cuanto de los litigantes á quienes defiendes, ó cuyas discor- dias compones. Mas el de la salud eterna es negocio exclusivamente nuestro, y sobre él debemos tra- bajar sin intermision. Á esto alude el Señor, cuando dice por su Real Profeta: *saldrá el hombre á su tra- bajo y á sus labores hasta la tarde.* Para darnos á entender, que desde que apunta en nosotros el uso de la razon hasta la muerte jamas debe- mos perder de vista el importante y único negocio de nuestra salud, porque *solo será salvo el que per- severare hasta el fin.*

No quiere decir esto, que aban- donemos absolutamente todos los ne- gocios temporales. Dios quiere que cada uno se ocupe en sus deberes respectivos; pero sin dexar de aten- der á su eterna felicidad. Esta pue- de conseguirse en todos los esta- dos y situaciones ordenadas por

Dios para la subsistencia, ré- gimen y buen orden de la so- ciedad.

En efecto, desde el cedro has- ta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el infimo plebeyo, somos todos llamados á la admirable luz de la doctrina de Jesucristo, y convidados á la au- gusta y magnífica cena del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Y si registramos los anales de la Iglesia, veremos con edificacion, que juntamente con Lá- zaro pobre, con los Paulos, Anto- nios, Hilariones, y demas héroes de pobreza evangélica, que habi- taron sepultados entre las cavida- des de las peñas, poseen hoy el rey- no de Dios los Davides, los Moy- ses, los Mardoqueos, los Abraha- nes, las Juditas, las Isabelas, y otros muchos personajes que supie- ron trabajar por su eterna felici- dad entre el tumulto del siglo, en

el bullicio de las cortes , y en el manejo de los negocios mas árdudos.

¿Y qué medios abrazaron , me direis , para obtener tanto bien ? ¿Cómo se manejaron para ganar el cielo entre el bullicio del siglo ? Aquí debería yo hacer descripción exácta de sus ejercicios de piedad y de religion , y dibuxar con los mas vivos colores su zelo y su vigilancia por avanzar el negocio de su salvacion , para que os sirviesen de estímulo y de exemplo en vuestra conducta. Mas esto me llevaria muy lejos. Baste deciros en suma , que todos estos héroes de la religion , con los demas justos , desde Abel hasta nuestros dias , lo han sido por la observancia de los preceptos de Dios , que siendo esencialmente extensivos á todos , son posibles de observar en todas las situaciones ordenadas por el Señor , sin que el estado , la condicion ni

gerarquía puedan servir de excusa en su divina presencia. Animados de estos sentimientos , que son los de la moral de Jesucristo , supieron ser humildes en la prosperidad , pacientes en la tribulacion , misericordiosos con el pobre , benéficos á la sociedad , protectores del huérfano y de la viuda , amantes de la justicia , pobres de espíritu , aplicados al santuario y á las obras de piedad ; de una vez , supieron amar á Dios con toda su mente y sus potencias , y á todos sus hermanos en Dios , por Dios y para Dios.

Hé aqui , señores , el fin para que fué el hombre criado , y la importante comision que de por vida le confió Dios sobre la tierra. Esta no es pues una ocupacion indiferente , sino el negocio propio , y el mas interesante , porque depende de él nuestra felicidad eterna. Debemos por tanto consagrar á su consecucion nuestra mente , nuestro co-

razon y nuestras manos ; es decir, nuestras meditaciones y desvelos, nuestros mas ardientes deseos y conatos , y todas nuestras obras , dirigidas por la caridad , complemento de toda la ley , sin perdonar solicitud ni trabajos por obtener tanto bien. ; Premio inefable que no dará Jesucristo á los ociosos , sino á los que hubieren trabajado en su viña ; es decir , en el ejercicio de las virtudes cristianas : *voca operarios , et redde illis mercedem.*

¡ Mas ó tiempos ! ; ó lamentable ceguedad de los mortales ! ; Quién, señores , lo creyera , á no constar por una triste experiencia , que siendo este el único fin para que fuimos criados , sea mirado por los mas con un extremo abandono ? Yo os lo haré ver en mi segunda reflexión , que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. En efecto , si por su fruto

se conoce el árbol , segun el evangelio y la experiencia ; ó para decirlo mas claro , si por las obras hemos de juzgar de la solicitud ó desidia con que se trata en el pueblo cristiano el importante negocio de la salud eterna , hallaremos que los mas ó lo desprecian , ó lo olvidan. No hablo de un desprecio reflexo , de que acaso no son capaces los demonios. Yo bien sé que aun las personas mas relaxadas suelen dar á sus hijos y súbditos lecciones importantes, sobre el decisivo y único fin de salvarse ; pero sus costumbres desmienten estas ideas ; y de ordinario , ó se avergüenzan del eyangelio en la práctica , ó sacrifican su salud espiritual tranquilamente. Seguidme atentos.

I. Cuando oís que una persona es de ilustre nacimiento ; que cuenta una larga série de héroes entre sus antepasados ; que la sangre de los grandes se difunde por sus ve-

nas, envidiais su suerte de ordinario, y llamais felices, dice un sabio, á los que gozan de estas frívolas ventajas: *beatum dixerunt populum, cui hæc sunt*. Mas cuando se os dice que vuestro nacimiento es de Dios; que contais entre vuestros padres á todos los héroes de la fe; que sois herederos de sus esperanzas, igualmente que de su religion; y que debéis por todos medios aspirar á la consecucion de tanto bien, no llaman vuestra atencion estas ideas, ni alabais con el Profeta la felicidad del pueblo que goza de tan sólidas ventajas: *beatus populus, cujus Dominus Deus*.

Al oír que un hombre obscuro ha hallado el arte de exáltarse (aunque las mas veces por vias oblicuas) á una fortuna brillante, y demasiado pronta para creerla inocente, alabais sin embargo su industria, y aplaudís el suceso: *beatum dixerunt*. Mas si se os dice que

una persona privada de bienes de fortuna, pero rica en los del cielo, avanza diariamente de virtud en virtud, de claridad en claridad, y aumenta á cada instante el tesoro de sus méritos, para añadir laureles á su corona, mirais con indiferencia y sin una santa envidia un semejante espectáculo.

Al ver un concurrente que se establece sobre vuestras ruinas, que os precede en la carrera de los honores, y os domina, su exáltacion despierta vuestro amor propio, y alarma vuestra ambicion y vanidad. Mas al considerar que los imitadores y cómplices de vuestros crímenes, conducidos sobre las alas de la gracia, van entrando en las sendas de la salud, observais esta mutacion del brazo del Excelso con una extraña indolencia, con un prodigio de insensibilidad, por no decir con un ojo crítico y mordaz, que os hace mas de una vez pro-